

EL ESPAÑOLISMO DE GEORGE SANTAYANA

«En lo que se refiere a mi España natal, nunca pasó por mi mente renunciar a mi vínculo formal de fidelidad hacia ella; hubiera sido como intentar cambiar de padres, y España es un gran país para la imaginación, con un gran poder sobre el espíritu» (1). Son éstas las palabras de un español, Jorge Ruiz de Santayana, bien poco conocido en su tierra. Y la verdad es que con notoria injusticia para él y con indudable daño para la cultura de los españoles, pues la figura y la obra de Santayana son merecedores de un mayor y mejor conocimiento entre nosotros, pero de un conocimiento relativo a algo propio, perteneciente a nuestro acervo, y no como proveniente de otras latitudes más o menos alejadas de la nuestra. Si Santayana vivió poco en España y no escribió su obra en español, no quiere ello suponer un alejamiento suyo de nuestro mundo ni menos una ausencia de nuestros valores en su obra, o escasez en él de sentimientos al hispánico modo. Sin pretender excluir de su producción la influencia de una serie de factores ajenos al español ni dejar de reconocer la peculiaridad de su españolismo, es indudable que Jorge Santayana es un valor muy teñido de las características que son orgullo de nuestra raza y que merece figurar, por tanto, más frecuente y más importantemente en la vanguardia de nuestros pensadores del siglo presente. Pretendo aportar mi contribución a esta empresa tomando como punto de partida el centenario que no hace mucho hemos celebrado de su nacimiento.

Nació Jorge Santayana en la madrileña calle Ancha de San Bernardo, número 69 (2), el día 16 de diciembre de 1863 (3), y recibió las aguas del bautismo el día primero del año 1864 en la iglesia parroquial de San Marcos, de la capital de España, siendo sus padres don Agustín Ruiz de Santayana y

(1) *The Philosophy of George Santayana*, editado por Arthur Schilpp. Nueva York, Tudor Publ. Co., 1951. «Apología pro mente sua», pág. 602.

(2) GEORGE SANTAYANA: *Personas y lugares*, traducción al español por PEDRO LECUONA. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1944; pág. 9.

(3) *Revista Índice de Artes y Letras*, núm. 56. Madrid, 15 de octubre de 1952; página 6.

doña Josefina Borrás, y padrinos don Nicolás Ruiz de Santayana (comandante del Ejército y tío suyo) y doña Susana Sturgis (hermana de madre). Nació, pues, allí donde —como él recordara en su «Oda V»— «los arroyuelos del Tajo tuercen primeramente hacia el Poniente» (4), y durante los años de la guerra civil americana y bien alejado de su teatro de acción, como lo recordara el filósofo en cierta ocasión a lord Acton (5).

Fué un mantón suave y pardo su primer contacto con el mundo; mantón que él vió muchos años después en casa de su gran amiga Mercedes Escalera, y que le movió a afirmar: «Los mantones y los amigos que se han conservado en buen uso durante ochenta años deben de ser buenos» (6).

Se le impuso el nombre de Jorge por llamarse así el primer marido de su madre, lo cual habla muy bien de su padre, el segundo marido de ésta (7). Su traducción al inglés, George, habría de convertirse en parte de su «nom de plume» (8). La supresión no legal del uso del apellido Ruiz debióse a su padre, por motivos de sencillez y afán de huir de lo pomposo; fué dicho patronímico el perdedor y no el de Santayana por estar don Agustín muy orgulloso de su antepasado Gil Blas por aquello de su picardía (9), por aquel reírse del mundo característico en el pícaro.

Pertenecían los Santayana a la sufrida clase media española, estando muy acentuados en don Agustín «la hispánica dignidad de la humildad» (10) y un acendrado patriotismo que sufría con la inferioridad de España (11). Su credo se resumía en la siguiente frase: «No sé lo que quiero, pero sí sé lo que no quiero.» Por otra parte, la siguiente anécdota retrata a doña Josefina (mujer de carácter difícil, con el que no pudo congeniar su hijo): unas señoras pertenecientes al Club Platón de Boston solicitaron sin éxito su colaboración en las actividades sociales, y al preguntarle en qué forma útil invertía su tiempo, recibieron la siguiente respuesta: «En verano procuro ponerme fresca, y en invierno estar caliente» (12).

No se casó Santayana, y ¿por qué? Al decir de su amiga Mercedes Escalera no le faltó acogida entre el sexo débil. Según confesión del protago-

(4) *Sonnets and other poems*, Stone & Kimbal. Cambridge-Chicago, 1894; pág. 48.

(5) GEORGE SANTAYANA: *Mi anfitrión el mundo*, traducción al español por PEDRO LECUONA. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1955; pág. 40.

(6) *Personas y lugares*, ídem, pág. 61.

(7) Ídem, pág. 95.

(8) Ídem, pág. 97.

(9) Ídem, pág. 23.

(10) Ídem, pág. 25.

(11) Ídem, pág. 36.

(12) Ídem, pág. 51.

nista, porque quiso ser libre (13) y porque, al haber vivido en un ambiente protestante durante la etapa de su vida propia para elegir estado, tendría que haberse casado con una muchacha protestante y aceptado dicha religión para sus hijos, supuestos ambos que no estaba dispuesto a tolerar, no obstante ser un católico librepensador; quería que su mujer y sus hijos fueran «suyos». Otro gallo le cantara de haber residido en España: su familia habría sido católica (14). Según su biógrafo, Daniel Cory, no se casó porque se consideraba incapaz de formar católicamente una familia (15). Tuvo la siguiente salida con la ya mencionada amiga madrileña, cuando ésta le preguntara en cierta ocasión por las razones de su aburrimiento: «No sé si casarme o comprarme un perro» (16).

Lo que sí parece cierto es que nunca encontró cariño, con excepción de su hermana y madrina, Susana, por la que sentía verdadera adoración. Se encontró solo y aburrido en la vida y se refugió en la soledad, pero a la manera de los filósofos griegos, con mercado y teatro cerca (17). Vivió en una soledad «no trascendental y espiritual, sino en multitud, y entre gente muy distinta» (18). Ella le proporcionó felicidad al llegar a la vejez, pero el mismo Santayana reconoció que no era recomendable para la juventud (19), y eso que se daba cuenta de que no le hubiera sido difícil adaptarse a la vida monástica de haber tenido la vocación religiosa que le faltó (20). Renunciar a los afectos terrenos sí renunció, y no por influencia de acontecimientos exteriores o por razones de índole religiosa, sino por el mero transcurso del tiempo, el fin de su juventud y de la amistad, y la impresión de sentirse unido para toda la vida como una bestia de carga (21).

En esta actitud mucho influyó su traslado a Boston, a la edad de nueve años. Antes se habían ido a vivir a dicha ciudad su madre y sus hermanos, en tanto que él se había quedado en Avila con su padre; pero comprendió éste, dada su situación económica, que su hijo iba a tener mejor educación junto a su madre, por lo que con heroicidad espartana renunció a su compañía y a su educación, conformándose con las anuales visitas filiales que Jorge cariñosamente le dedicó por el resto de su vida. Tal cambio para Santayana

(13) GEORGE SANTAYANA: *En la mitad del camino*, traducción al español por PEDRO LECUONA. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1946; pág. 172.

(14) *Idem*, pág. 173.

(15) *Revista Índice...*, *idem*, pág. 3.

(16) *Idem*, pág. 2.

(17) *Mi anfitrión...*, *idem*, pág. 165.

(18) *Idem*, pág. 9.

(19) *Personas y lugares*, *idem*, pág. 90.

(20) *Idem*, pág. 127.

(21) *Idem*, pág. 76.

implicó —son sus palabras— «una terrible desheredación moral, un frío emocional e intelectual, un mezquino y práctico sentido de perspectiva y de ambición que no hubiera encontrado en las complejas pasiones e intrigas del ambiente español» (22).

No era éste el primer contacto de la familia de Jorge con el mundo anglosajón: su madre había nacido en Glasgow, bien que por accidente; doña Josefina había contraído primeras nupcias con un bostoniano de la familia Sturgis; el abuelo materno había sido en tiempos cónsul de los Estados Unidos en Barcelona, tras haber visitado dicho país en más de una ocasión.

Es Santayana, para el historiador Will Durant, el más joven de los grandes filósofos americanos, el último —en un sentido cronológico— de sus pensadores. Ve en él el alma de un grande de España injertada en la cepa del amable Emerson, una refinada mezcla de la aristocracia mediterránea con el individualismo de Nueva Inglaterra (23). Como americano aparece en el artículo que le dedica la *Encyclopedia Americana*, y como tal es considerado por cualquier ciudadano de los Estados Unidos que posea una mediana instrucción. El propio Santayana se mostraba satisfecho de haber recibido en Harvard una cultura norteamericana.

Hablaba un inglés maravilloso, al decir de Farré (24), y sin demasiado acento extranjero, según confesión del propio Santayana (25); muy puro, en opinión de Daniel Cory (26). El interesado nos cuenta una anécdota de la visita que hizo en 1887 a lady Stanley of Alderley, la abuela de Bertran Russell. Después de cambiar unas palabras, la señora elogió su dominio del inglés, a lo que él alegó su prolongada estancia en Boston; la dama entonces le respondió: «No tiene usted acento norteamericano; no, no tiene usted tampoco acento londinense: habla usted como la Reina Victoria»; confesión que dejó en la duda al filósofo sobre la intención de su interlocutora, dada la fama de acento alemán que se atribuía a la abuela de Europa (27).

Escribió el inglés aún mejor: en él vertió con exclusividad toda su obra. Lo cual tiene extraordinario mérito, pues no fué en inglés sino en español que fué dormido en la cuna, que se extasió con los cuentos relatados al ca-

(22) *Personas y lugares*, pág. 19.

(23) WILL DURANT: *The Story of Philosophy*. Simon & Schuster. Nueva York, 1953; págs. 366 y 367.

(24) LUIS FARRÉ: *El pensamiento de Santayana*, en «Cuadernos Hispanoamericanos», núm. 36. Madrid, diciembre 1952; pág. 224.

(25) *Revista Índice...*, ídem, pág. 6.

(26) DANIEL CORY: *Santayana: The later years*. George Braziller. Nueva York, 1963; pág. 104.

(27) *Personas y lugares*, ídem, págs. 197 y 198.

lor de la lumbre y que las domésticas cantilenas le despertaron a la vida. Quizá fué culpable, sin la menor intención —transcribiendo sus palabras— de una pequeña estratagema, como si se hubiera propuesto decir en inglés el mayor número de cosas no inglesas (28).

Cuando el profesor Brownell proclamó en grandes letras que Santayana era un americano, éste no pudo por menos de aclarar su posición al respecto. Aun reconociendo el honor que se le hacía, señaló dos aspectos de su americanismo: el involuntario y el voluntario. El primero comprende su larga residencia, su educación y los veinte años de enseñanza en los Estados Unidos. Todo ello era debido a las circunstancias, pues de haber podido elegir, él confiesa que no habría vivido, sino educado o enseñado filosofía en dicho país. El aspecto voluntario puede resumirse en una palabra: amistades. Norteamericanos fueron los más numerosos, los más leales, los más simpáticos —con alguna excepción— amigos de Santayana, y era con aquéllos con quienes él se encontraba más a gusto. Tuvo amigos americanos en abundancia, pero de ahí no pasó: no tuvo contacto con los estratos profundos y las amplias corrientes de la vida americana. No había en la vida americana de su tiempo cosa alguna que le interesara, ni tuvo oportunidad de explorarla. «Su» América fué para él Harvard College, una parte de Boston y unos ocasionales vistazos a Nueva York (29).

Vivió en Boston desde 1872 a 1912, primero, como estudiante, y luego, como profesor en Harvard, pero todos los inviernos que pudo y casi todos los veranos los pasó en Europa. Y es que durante ese tiempo se sintió, en el fondo, un extraño (30). «Fuí extranjero allí donde me ilustré —dice—; el mundo que me rodeaba me resultaba totalmente indigerible» (31). Figuraba en el mundo de habla inglesa, pero él se sentía en calidad de huésped, eso sí, permanente, familiar, apreciado, discreto, pero extranjero. La tradición inglesa, y en realidad toda la tradición anglosajona literaria y filosófica fué considerada por él más como un medio que como una fuente (32).

Las limitaciones de su americanismo las da el propio Santayana: «No tengo sangre americana o inglesa; no nací en los Estados Unidos; nunca me hice ciudadano americano; nunca casé, o mantuve casa, o esperé finalizar mis días en América...» (33). Al ser preguntada Mercedes Escalera por

(28) *Revista Índice...*, ídem, pág. 6.

(29) *The philosophy...*, editado por Arthur Schilpp, ídem. «Apología pro mente sua», págs. 601 y 602.

(30) *Personas y lugares*, ídem, pág. 231.

(31) *Mi anfitrión...*, ídem, pág. 186.

(32) *Revista Índice...*, ídem, pág. 6.

(33) *The philosophy...*, editado por Arthur Schilpp, ídem, pág. 602.

su opinión sobre el modo de sentir de su amigo Jorge, respondió entre bromas y veras: «Ni es español ni yanqui. Ha cogido lo malo nuestro y lo malo de ellos» (34).

En realidad, ese sentirse extraño en el mundo que le rodeaba fué fomentando en él la impresión de ser un extranjero y un desterrado por naturaleza; impresión que llegó casi hasta el punto de convertirse en orgullo (35). Su amigo de Oxford, el poeta Johnson, le llama en cierta oportunidad expatriado, y le exhorta a volver a Avila (36). Bien sintomáticos son los siguientes versos de Santayana, que transcribo en traducción de Sender:

... exilado que soy
no sólo de los llanos batidos por el viento
donde alza el Guadarrama su cresta violeta
sino del alto reino del espíritu, meta
de toda esperanza... (37).

Esta situación especial en que las circunstancias colocaron a Santayana desarrollaron en él la pasión por viajar. Tres incentivos pueden verse en ella: uno estético; otro, satírico, y por último, sus antecedentes familiares. Viajando podía apreciar la belleza de las cosas y juzgar a éstas desde su verdadera perspectiva: «A menos de comprender y respetar lo extranjero, no se percibe nunca el especial carácter de las cosas de casa o de la propia mente» (38). Su familia fué una familia de navegantes, y el mundo de ésta, de los funcionarios coloniales y los grandes comerciantes. Sus padres se conocieron en Manila y surcaron los mares —los de entonces— varias veces. Santayana se sintió a sus anchas viajando: de aquí el título de uno de sus libros: *Mi anfitrión el mundo*. Pero para él, el viajero debe ser alguien y venir de algún lado, debe tener un punto de partida para comparar, e ir a algún sitio con algún propósito; no deambular. Debe mostrar discreción por doquier y conservar la dignidad de un invitado. En todas partes debe seguir sintiendo como un extraño, por muy benévolo que en sus juicios sea, y como un crítico, por muy apreciativo que de su entorno parezca (39). «El espíritu más libre —dice— necesita un lugar de nacimiento, un *locus standi*, para

(34) *Revista Índice*, ídem, pág. 2.

(35) *Mi anfitrión...*, ídem, pág. 186.

(36) *En la mitad del camino*, ídem, pág. 83.

(37) RAMÓN J. SENDER: *Examen de ingenios. Los noventa y ochos*. Las Americas Publishing Co. Nueva York, 1961; pág. 188.

(38) *Mi anfitrión...*, ídem, págs. 52 y 53.

(39) *Idem*, pág. 54.

contemplar el mundo, y una pasión innata para juzgarlo» (40). ¡Qué atinadas reflexiones para esta edad del turista en que vivimos!

Tras pasar la primera guerra europea en Inglaterra, Santayana se estableció, primero, en París, y a partir de 1920, en Roma los inviernos, y los veranos en París, Avila o Cortina. ¿Por qué en Roma? Porque Roma era una «atalaya ideal intelectualmente, el único centro antropológico donde la Naturaleza y el arte eran más hermosos y donde menos desfigurada en su carácter completo estaba la Humanidad» (41). En la Ciudad Eterna, en definitiva, se sentía más cerca de su propio pasado y de todo el pasado y futuro del mundo (42).

Es exacto Sender cuando afirma que Santayana no tenía miedo a la contradicción, y que se contradijo enormemente (43). No era católico practicante, y escribió el mejor libro sobre Cristo; español de sangre y de impulso, vivió casi toda su vida fuera de España. Expatriado de su tierra —como él se autocalificaba—, no le gustaba el trato con otros expatriados, fueran españoles en Norteamérica, o americanos en Europa (44). Americano de adopción, vivió casi siempre fuera de los Estados Unidos, y nunca adquirió su ciudadanía. Anticlerical, fué a refugiarse en sus últimos años en un convento de monjas.

Para entender la obra de Santayana es significativa la anécdota que Farré comenta le contó Harshorne en cierta ocasión. Hallábase el filósofo paseándose por su aula en la Universidad de Harvard, en los primeros días de abril, y se asomaba de cuando en cuando a la ventana mientras explicaba a sus alumnos, admirando la primavera naciente. Llegado cierto momento, interrumpió su lección: «Vamos, señores, aquí estamos perdiendo el tiempo; yo les estoy hablando de estética cuando afuera, en plena Naturaleza, está la belleza brillando en todo su esplendor. Mejor sería terminar la clase e irnos a pasear al parque.» Y así terminó su carrera universitaria: no volvió a profesar más (45). Más tarde declaró: «Siempre he detestado la función de profesor» (46).

Gran importancia tuvo la poesía en la vida y en la obra de Santayana. En sus primeros tiempos fué considerado como poeta más que como filósofo, pero cuando fué conocido como tal nunca abandonó su pasión por la poe-

(40) *Personas y lugares*, ídem, pág. 138.

(41) *Mi anfitrión...*, ídem, pág. 171.

(42) *Idem*, pág. 182.

(43) R. J. SENDER: *Examen de ingenios...*, pág. 188.

(44) *En la mitad del camino*, ídem, pág. 186.

(45) FARRÉ: *El pensamiento de Santayana*, ídem, pág. 228.

(46) *Revista Índice...*, ídem, pág. 6.

sía (47). «In one sense I was a born poet, like Ovid», confiesa cuando se defiende de los ataques a que fué sometida su poesía por los críticos Rice y Howgate (48), y en otro momento afirma: «Nadie siente más pasión que yo por la poesía y la religión» (49). La poesía le acompañó hasta el final de su camino; es curioso que fueran los poetas españoles algunos de sus lazarillos cuando comenzó a quedarse ciego, y que cuando todavía podía leer dedicara parte de sus ocios a leerlos, según informaba a Cory en carta de fecha 29 de mayo de 1951 (50).

Esta participación de la poesía en su quehacer filosófico se hace especialmente patente en su obra sobre tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante y Goethe. No hay que olvidar, por otra parte, que en su significativo poema «Testamento del poeta», su última voluntad la dicta el poeta y no el filósofo.

La importancia de la belleza formal y de la moral en la filosofía de Santayana es destacada por el crítico Ricardo Baeza. Su amor por la palabra, su pasión por el estilo, le hacen recordar el esplendor verbal de otro filósofo español contemporáneo: Ortega y Gasset. Su preocupación moral la ve arrancar de Aristóteles. Demócrito, Platón, Lucrecio y Spinoza (recordemos su conferencia en el centenario del filósofo sefardita) son las otras influencias predominantes en Santayana. No deja de ser una coincidencia— dice Baeza— que algunas de las más singulares mentes filosóficas nacidas en España se hayan expresado en lengua forastera: Séneca, Averroes, Maimónides (51).

¿Cómo se consideraba a sí mismo Santayana? Aconsejaba a sus lectores que tuvieran bien en cuenta esto: «Soy —decía— buen observador y buen crítico, pero mal historiador» (52). En cuanto a su filosofía, incluye la siguiente confesión al final de la *Apología pro mente sua*: «Soy escolástico de corazón, pero carezco de la paciencia y del entrenamiento tradicional que me habrían capacitado para discutir detalladamente cada punto, sin travesuras, adornos, exageración o ironía. Mis libros habrían sido entonces bastante más sólidos, y nadie les habría leído. Para bien o para mal, soy escolástico sólo en mis principios, no en la forma» (53). Para López Clemente, Santayana ha intentado plantearse los problemas metafísicos y aunar en un sis-

(47) J. LÓPEZ CLEMENTE: *Santayana, poeta*, en «Cuadernos Hispanoamericanos», número 36. Madrid, diciembre 1952; pág. 237.

(48) *The philosophy...*, editado por Arthur Schilpp, ídem, pág. 599.

(49) *Personas y lugares*, ídem, pág. 270.

(50) D. CORY: *Santanaya*, ídem, pág. 309.

(51) *Revista Índice...*, ídem, pág. 5.

(52) *Personas y lugares*, ídem, pág. 284.

(53) *The philosophy...*, editado por A. Schilpp, ídem, pág. 604.

tema ecléctico las más opuestas ideas filosóficas y religiosas: materialismo e idealismo, clasicismo y romanticismo, catolicismo y paganismo (54). Baker Brownell ve ante todo en él una sonrisa enigmática: de aquí que para muchos americanos Santayana sea la Monna Lisa de la filosofía (55); comparación de la que el filósofo se hace eco en una de sus cartas, y no parece que con entusiasmo (56). En esta misma línea sobre su condición de «filósofo reidor» versó la conferencia que el profesor Kallen dedicara a su maestro en la Universidad de Maryland, así como su artículo en el número homenaje a Santayana del *The Journal of Philosophy* (57).

Bertrand Russell, con cuya familia tanta amistad tenía Santayana, no incluye a éste en su *Historia*, alegando que nada de original había en su filosofía. Muestra las calidades de nuestro hombre su reacción a tal actitud, contenida en otra de sus cartas a Cory: «Es una interesante afirmación; demuestra que Russell me estaba considerando como un lógico, lo que no soy, y no teniendo en cuenta las verdaderas influencias que me han afectado. Nunca deseé ser original, como para contribuir al crecimiento de la ciencia. Me preocupa tan sólo cerner la verdad del pensamiento tradicional sin empobrecer a éste» (58). En otro momento se manifiesta feliz por no gustar —lo considera natural— a los filósofos ingleses y por saberse admirado por un corresponsal tejano de veintiún años (59). Con la humildad de un estoico hispánico, afirma: «No me preocupa mi fama última, si alguna he de tener en el futuro» (60).

En el campo de la novela produjo *El último puritano*, que es un relato con mucho de autobiográfico, y que ha venido a ser incluido en el unamunesco género de las «nivolas». Alcanzó amplia repercusión y mereció los honores de ser elegida por el Book-of-the-Month Club.

¿Hubiera sido diferente la obra de Santayana de haber residido en España? Quien vivió retirado en su casi monástica habitación romana, bien podría haberse aislado en la paramera castellana; quien resistió las tentaciones de la popularidad y de la moderna vida americana, bien podía haberse adaptado a las dificultades de la vida española de los últimos ochenta

(54) J. L. CLEMENTE: *Santayana, poeta*, ídem, pág. 238.

(55) *The philosophy...*, editado por A. Schilpp, ídem, pág. 33.

(56) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 310.

(57) *Santayana: the laughing philosopher*, conferencia pronunciada en la Universidad de Maryland el 24 de febrero de 1964. Recogida en el «*Journal of Philosophy*», volumen LXI, núm. 1, enero 1964.

(58) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 268.

(59) Ídem, pág. 285.

(60) Ídem, pág. 269.

años. El no pedía mucho. Ramón Sender observa en él la vena de los viejos ascetas castellanos: en el caso de tener fe podría haber sido otra versión de San Pedro de Alcántara, a quien físicamente se parecía (61). Pero su producción hubiera tomado inevitablemente otro signo en buena parte: las ideas por él asimiladas hubiesen sido vitales, según el mismo Santayana lo reconocía, y el viento de la política o de la poesía hubiera henchido y aliado sus conocimientos a las nociones castellanas del honor (62); habría sido influido en gran medida por los pensadores españoles y especialmente por los místicos castellanos, él a quien tanto halagaba que Marichalar lo incluyese entre estos últimos. Es interesante a este respecto su reacción ante tal apelativo: «De haber sido llamado místico simplemente —afirma—, me habría parecido sorprendente e incluso ofensivo. Pero la feliz restricción de castellano suprime todas las suposiciones desagradables. Castilla nada nebuloso puede engendrar... Esta palabra «castellano» seca el viento, limpia la maraña, revela por igual a la tierra y al cielo, infinitamente aparte, aunque separada por nada, como el alma y Dios deben siempre permanecer. El simple místico puede ser cualquier cosa, buena o mala; pero el místico castellano está entregado a un firme realismo con respecto al mundo y a una fidelidad sin tacha hacia su ideal... Es Don Quijote en sus cabales» (63). Si en su vida de escéptico, comenta Sender, Santayana fué tan fiel a la duda, ¿qué no habría sido en una vida de creyente filosófico, político o religioso? (64).

La ausencia del marqués de Novaliches de Madrid en el verano de 1883 fué trascendental para la vida del joven Jorge y de la cultura española. De regreso de Boston, en el período de vacaciones, pensó con su padre en la posibilidad de quedarse en España e iniciar alguna carrera como la militar o la diplomática (¿se vió privada la «carrera» de un gran colaborador?); y padre e hijo decidieron consultar sobre el tema al ya noble general Pavía, a cuyas órdenes había servido don Agustín en sus años filipinos. La ausencia del presunto protector les descorazonó de tal manera, que ambos decidieron no realizar otros intentos y que el estudiante reanudara en septiembre sus tareas en América. ¿Influyó la enemiga de doña Josefina hacia los militares? (65). A partir de dicho verano, Santayana habría de visitar España, y por tanto, a su padre, y luego a su hermana, todos los veranos, hasta el año 1930.

(61) R. J. SENDER: *Examen de ingenios...*, ídem, pág. 184.

(62) *Personas y lugares*, ídem, pág. 19.

(63) *The philosophy...*, editado por A. Schilpp, ídem, págs. 603 y 604.

(64) R. J. SENDER: *Examen de ingenios...*, ídem, pág. 184.

(65) *Personas y lugares*, ídem, pág. 37.

¿Cuál fué la verdadera razón de la ausencia de Santayana de España? Aunque parezca paradoja, se halla en su acendrado patriotismo. Sintió muy hondo España en sus valores fundamentales y hubiera podido adelantarse a decir: «Amo a España porque no me gusta.» No pudo aceptar la España decimonónica y su decadente sociedad. En varios momentos así se manifiesta explícitamente: en *Mi anfitrión el mundo* hace una clara distinción entre *mi* España —*mi* Inglaterra y *mi* Estados Unidos— a la que no puede abandonar por ser parte de sí mismo, y la España —Inglaterra, Estados Unidos— pública y siempre cambiante, de la geografía y de la política (66). En la *Apología pro mente sua*, su pensamiento es aún más impresionante: «La sociedad y la vida pública españolas no me atraían en absoluto; constituían un positivo obstáculo. No sólo ocurría que yo era demasiado extranjero, sino también que España no era bastante española. Se dió la circunstancia de que mi suerte fué echada en la peor y más vil época de su historia, cuando estaba en lo más bajo. Cien años antes o cien años después, y no habría habido motivo para tal extrañamiento» (67).

En *Breve historia de mis ideas* aporta otras razones: «En aquella época (1883) me sentía más extranjero en España de lo que me sentía en los Estados Unidos, aunque por razones más triviales: mis modales yanquis parecían allí demasiado exóticos y no podía expresarme cabalmente en el idioma. Ni me sentí inclinado a vencer este obstáculo, como quizá habría podido hacer con un pequeño esfuerzo: nada en la vida ni en la literatura españolas me atraía particularmente en aquel entonces» (68). Sender piensa que tal vez quería evitarse el ejercicio a menudo deprimente de reacomodar el sueño a la verdad (69).

Pasemos ahora a estudiar su españolismo y la influencia española que pueda haber en su obra. Y como en anteriores ocasiones, parece lo más sensato acudir al propio Santayana para orientarnos en nuestra búsqueda. En esta oportunidad es también explícito y claro en su exposición: «El caso de mi familia fué bastante inusitado. Nosotros no fuimos emigrantes, y ninguno de nosotros cambió nunca de patria, de clase ni de religión. Pero circunstancias especiales nos habían dado puntos hereditarios de adherencia en regiones opuestas, moral y geográficamente. Y ahora que estamos casi extinguidos —me refiero a los que teníamos aquella composición mixta—, puedo decir que, sin duda, dimos pruebas de una singular firmeza en nues-

(66) *Mi anfitrión...*, ídem, pág. 139.

(67) *The philosophy...*, editado por A. Schilpp, ídem, pág. 603.

(68) *Revista Índice...*, ídem, pág. 6.

(69) R. J. SENDER: *Examen de ingenios...*, ídem, pág. 182.

tras complejas fidelidades, combinándolas todo lo bien que la lógica permitía, sin renegar en lo íntimo de nada. Mi filosofía, particularmente, puede ser considerada como una síntesis de estas tradiciones varias, o como intento de verlas desde un nivel desde el cual su diverso mensaje pudiera ser comprendido equitativamente. No afirmo que tal sea realmente el origen de mi sistema; en todo caso, su verdad es harina de otro costal» (70).

En sus declaraciones a Farré, Santayana profundiza más las razones de su españolismo: «Mi españolismo podría consistir en mi individualismo, que no quiere atarse a ninguna nación determinada; quiero ser un pensador propio, independiente, sin someterme a doctrinas determinadas, sino expresar mi pensamiento libre y espontáneamente, y otro aspecto de mi españolismo podría consistir en mi admiración por el catolicismo como la más alta expresión artística» (71).

A orgullo tenía Santayana la fidelidad a su casta, y no podía compartir la mentalidad del renegado en cualquier campo que se desarrollara: «(Algunos) fingen convertirse al protestantismo y ocultan todo lo posible el hecho de que nacieron católicos y judíos. Pero yo no soy hombre de esa clase. Yo me he desarraigado involuntariamente, acepto las ventajas intelectuales de esa situación, con sus ventajas sociales y morales, y me niego a que me anexionen o me injerten en una planta de especie distinta» (72). «Mi lealtad a mi orígenes se manifestó indirectamente aun antes de que pudiera elegir mi camino» (73).

Pero esos orígenes no quedaban limitados a los peninsulares: Santayana iba más allá: llegaban hasta Egipto y Grecia, pasando por Palestina y por Roma. De aquí su decisión de viajar predominantemente hacia esos países, hacia las fuentes de su propio pasado. De aquí su elección de Roma por residencia. De aquí su dedicación al estudio del griego, y del latín sobre todo: «El latín era el lenguaje de la Iglesia, era español antiguo. Sus raíces —aclararía el filósofo— eran también mías» (74).

Su biógrafo Cory ve en él —al compararle con su amigo Strong— los rasgos de castellano de nacimiento y católico de sentimiento como característicos de su personalidad (75), y en otro momento lo califica de «very Spanish», al atribuirle también adaptabilidad a las circunstancias y realis-

(70) *Revista Índice...*, ídem, pág. 6.

(71) L. FARRÉ: *El pensamiento de Santayana*, ídem, págs. 225 y 226.

(72) *En la mitad del camino*, ídem, págs. 173 y 174.

(73) *Mi anfitrión...*, ídem, pág. 55.

(74) *Personas y lugares*, ídem, pág. 222.

(75) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 23.

mo (76). El propio Santayana, en los últimos años de su vida, llegaría a confesar: «A medida que voy avanzando en edad me doy cuenta de que me siento más español, a pesar de los muchos años que hace que no vivo en España» (77).

Son interesantes a este respecto los puntos de vista de Ramón Sender sobre el españolismo de Santayana, a quien considera incluido en la generación del 98. De haber tenido ésta un Comité ejecutivo —dice—, Santayana lo compondría con Baroja y Valle-Inclán, porque representa una síntesis curiosa de las tendencias generales: la esteticista y la filosófica. Concurren en nuestro filósofo el escepticismo en religión, el pesimismo en política y una fría desesperanza de su idea moral del hombre. Fué soltero como Baroja, insociable como Azorín, arguyente y articulado como Maeztu, gustador de la buena palabra como Valle-Inclán. Es la nostalgia de Castilla la que hace aparecer en él la poesía lírica. En sus versos se percibe la influencia hereditaria de sus antepasados de Avila, de los místicos españoles en el orden estético. Su «sensualidad sublimada» puede situarse tal vez entre San Juan de la Cruz y fray Luis; más cerca del primero. Su poesía tiene más registros españoles que su prosa, y lleva a la poesía inglesa una cierta aspereza de las formas españolas. En la novela siguió la tradición realista española, con un sentido inglés tomado de la manera de Henry James. En la novela era más agudo que Baroja; en el ensayo crítico, menos difuso que Azorín, y en la filosofía, mucho más sistematizado y articulado que todos sus contemporáneos de lengua española (78).

Esa nostalgia de que habla Sender y la inevitable melancolía que su alejamiento de España le producía se reflejan muy bien en las manifestaciones que el propio Santayana hizo al escritor Farré cuando éste le visitó en su retiro romano: «No conozco a escritores ni pensadores españoles, y probablemente ellos tampoco se ocupan mucho de mí. Sin embargo, es ahora, en el ocaso de la existencia, cuando son más intensos, vivos y agradables los recuerdos de España. Mi españolismo, si así quiere llamarse, se aviva y recién descubro su honda raíz» (79).

Santayana se sentía muy español, más tal vez de lo que él mismo se daba cuenta, y tenía una inevitable inclinación por muchas cosas españolas, y justamente por la razón de ser tales. Por ejemplo, en el capítulo culinario se comportaba como un perfecto ibérico. Incluye entre los primeros recuer-

(76) D. CORY: *Santayana*, ídem, pág. 46.

(77) L. FARRÉ: *El pensamiento de Santayana*, ídem, pág. 225.

(78) R. J. SENDER: *Examen de ingenios...*, ídem, págs. 178, 181, 184, 185 y 187.

(79) L. FARRÉ: *Vida y pensamiento de Jorge Santayana*. Ediciones Verdad y Vida. Madrid, 1953; pág. 117.

dos-hitos de su existencia la tortilla de patatas, hecha con aceite, «que me servía de cena y que todavía deseo, pero rara vez logro» (80). «No olvidaré nunca —escribe en otra ocasión— el auténtico sabor fresco de los pimientos y de los huevos fritos, ni la gran torta dulce que salía de sus manos (de su tía María)» (81). En más de una oportunidad alude en sus escritos, con un tinte de añoranza, al chocolate espeso español, seguido del tradicional vaso de agua y del azucarillo (82). De sus preferencias por el turrón y otros dulces, sabemos por las manifestaciones de su amiga Mercedes Escalera, quien procuraba enviarle un surtido en épocas navideñas (83). Muy completas recetas de platos típicos españoles da en ocasiones, y quien desee cocinar sopas de ajo, gazpacho o cocido madrileño, no tiene más que adentrarse en las páginas de su obra *Personas y lugares* (84). Era la hora del almuerzo sagrada para Santayana, y durante ella no quería discutir de problema alguno ni tan siquiera hablar de filosofía. Santayana se comportaba como un perfecto mediterráneo, para quien comer es un rito. Tampoco en esto había sido influido por la vida americana: gustaba darle al almuerzo la solemnidad que merece, regarlo con buen vino, acompañarlo con pan y terminarlo con una calma sobremesa (85). Cuando en 1928 visitó la ciudad de Vigo, descubrió allí el aperitivo hispánico, que mucho le gustó, tanto por su composición (vermut, aceitunas y patatas fritas) como por venir a aliviar un peñoso vacío en el estómago sin impedir que éste sea llenado de nuevo una hora más tarde (86).

Debido a haber vivido fuera de España mucho tiempo, fué adquiriendo la sensación de su defectuoso dominio del idioma castellano. Mientras vivieron su madre y su hermana Josefina siempre habló español con ellas, y esto le ayudó a mantenerlo, lo mismo que mientras vivió su padre (87); y también procuró hablarlo con su hermana Susana, en sus largas cháticas a la luz de las estrellas abulenses (88). Es curiosa la confesión del joven Jorge llegado a Boston, cuando relata su satisfacción por encontrar a su hermano Robert: «Además, hablaba español, y muy pronto me sentí a gusto con él» (89). Aprendió indudablemente muy bien de niño la lengua de Cervantes, pues

(80) *Personas y lugares*, ídem, pág. 167.

(81) Ídem, pág. 170.

(82) Ídem, págs. 26 y 176.

(83) *Revista Índice...*, ídem, pág. 2.

(84) *Personas y lugares*, ídem, pág. 26.

(85) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 18.

(86) Ídem, pág. 32.

(87) *Personas y lugares*, ídem, pág. 118.

(88) *En la mitad del camino*, ídem, pág. 127.

(89) *Personas y lugares*, ídem, pág. 189.

no obstante haber leído pocos libros españoles durante su existencia (90), lo dominaba completamente al escribirlo, y buena prueba son algunas de sus cartas escritas a sus amigos españoles (91). Sus conocimientos de la gramática eran profundos, y su selección de refranes y dichos españoles, abundante: he aquí unos cuantos, espolvoreados —en su versión original— a través de sus conversaciones y de sus escritos ingleses: «Hablamos de la feria según nos va en ella» (92). «Cortar por lo sano» (93), «En esta habitación hasta las piedras tienen alas» (94). «Todas nuestras pruebas son —recuerda en *La vida de la razón*— puro palabrerío, como se dice en España» (95). También de cuando en cuando se le escapaba algún cuento español, como el de la andaluza que no concebía pudiese existir en otros países el desayuno sin naranjas (96).

Si físicamente también denotaba su españolidad (sus ojos brillantes de español sorprenden a Cory en su primer encuentro) (97), en su modo de ser y de actuar igualmente se transparentaban sus orígenes. Fué un estoico español en su vida. En este aspecto él mismo aprecia la influencia materna (98). Durante su estancia en Roma vestía modestamente: dos trajes negros, un abrigo de primavera y otro de invierno, dos pares de zapatos, un sombrero negro de fieltro, media docena de camisas blancas y dos corbatas —aparte su ropa interior— constituían todo su guardarropa. Sus jornadas no podían ser más ascéticas: se levantaba a las seis de la mañana y se desayunaba en bata, a las siete y media, con un huevo pasado por agua, té y tostadas; comenzaba a trabajar a las ocho, envuelto en una manta si el tiempo estaba frío, hasta las once y media. Entonces se afeitaba, bañaba y vestía. Almorzaba en algún restaurante de las cercanías, sin cuidarse de especias o calorías; las viandas las regaba con medio litro de vino, generalmente blanco. Deambulaba a continuación un rato por parques o calles, para regresar a su habitación hacia las cuatro y media y dedicarse a leer, atender su correspondencia, etc. Hacia las seis recibía a las raras personas a quienes otorgaba tal oportunidad. Cenaba en su habitación —generalmente solo—, y a las diez se acostaba. Se resistía a encontrar nuevas gentes, y por supuesto.

(90) *Personas y lugares*, ídem, pág. 296.

(91) *Revista Índice...*, ídem, págs. 1 y 2.

(92) *Personas y lugares*, ídem, pág. 246.

(93) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 303.

(94) Ídem, pág. 289.

(95) GEORGE SANTAYANA: *La vida de la razón*, traducción al español por AIDA A. DE KOGAN. Editorial Nova. Buenos Aires, 1954; pág. 459.

(96) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 60.

(97) Ídem, pág. 17.

(98) Ídem, pág. 286.

detestaba a cuanto oliese a Prensa, publicidad, etc. La razón fundamental de este voluntario aislamiento debe hallarse en su prisa de escribir determinados libros antes de que la Parca viniera a impedirselo (99).

Es su primer recuerdo uno muy simbólicamente español: una sota de copas de la baraja española (100); es su última salida a la calle —poco antes de su muerte— un acto, en el que queda patente la lealtad a sus raíces: quiso ir en persona al Consulado de España en Roma para prorrogar su pasaporte de español, pero al bajar por las escaleras sufrió tal caída, que quedó con pérdida del sentido. Al despertarse, comentó: «Creo que han apreciado este último esfuerzo que he hecho por confirmar mi nacionalidad. Quizá hubiera sido una ocasión apropiada para morir» (101).

Reaccionó muy a la española cuando en 1939, al llegar a Chiaso, la Policía suiza no le dejó atravesar la frontera. Nada sabía de que los pasaportes españoles requirieran en aquella época un visado especial otorgado en el Consulado suizo en Milán. ¿Razón? El deseo del Gobierno helvético de evitar la indebida e incontrolada entrada de refugiados españoles tras el fin de la guerra civil. ¿Reacción de Santayana? Informó ásperamente a los suizos que si los españoles no eran bien venidos en Suiza, no tenía deseo de ir a ella. Y no solicitó el visado, y nunca más visitó dicho país, en el que hubiera vivido mejor durante los años de la conflagración mundial (102).

En 1930 quemó sus naves —son sus palabras—, y dijo adiós para siempre a Avila y a España: ésta había sido desde 1883 «lugar de constante peregrinaje» (103). No fué para él la guerra civil española —como bien puede suponerse— asunto indiferente. Su correspondencia con Cory tiene frecuentes alusiones a la terrible tragedia que se estaba desarrollando en la Península Ibérica; así, en una carta fechada el 16 de septiembre de 1936, al referirse a tres distintas noticias recibidas, comenta que su prima Manuela no decía, a buen seguro, la verdad acerca de la tranquilidad existente en Madrid, a fin de que la censura dejara pasar la carta; al aludir a la huida de Marichalar en avión desde Madrid, después de seis semanas de terror, dice que este amigo le había desmentido hallarse del lado del Gobierno de la República: «Me sorprendió —escribe Santayana— oír la falsedad con que esta noticia había sido propagada por la radio y la Prensa» (104) (se refiere concretamente a la tergiversación de la actitud de Marichalar al haber parti-

(99) D. CORY: *Santayana...*, ídem, págs. 149-151.

(100) *Personas y lugares*, ídem, pág. 166.

(101) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 317.

(102) Ídem, págs. 216 y 217.

(103) *The philosophy...*, editado por A. Schilpp, ídem, pág. 602.

(104) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 176.

cipado —para salvar la vida de Ortega y Gasset— en una declaración verbal hecha pública sobre la guerra civil); el 8 de abril de 1939 se confiesa muy aliviado con el fin de las hostilidades en España (105).

En su obra *En la mitad del camino*, al recordar a dos sobrinos suyos, hace Santayana también una referencia a la contienda civil que ensangrentó España por espacio de tres años: «Ambos fueron de los primeros que se contagiaron del nuevo entusiasmo por la regeneración moral de España. Los dos se hicieron falangistas y lucharon en la guerra civil. Roberto, después de caer herido dos veces, acabó muriendo cuando ya veía la victoria. Da tristeza, amargura y al mismo tiempo divierte pensar en lo poco que mi hermano Robert, como los cien millones que como él hay en los Estados Unidos, hubiera podido comprender esa tragedia» (106).

¿Cuál era la posición de Santayana con respecto a la España posterior a 1939? Vuelve a ser interesante en este punto la conversación que unos años antes de morir sostuvo con el argentino Farré, y que éste recoge. He aquí uno de sus momentos: «... Cuando reconsidero mi vida —decía Santayana— desde el pináculo de mis muchos años, me noto tan independiente e individualista como el mejor español. Siento este españolismo no sólo en mi carácter, sino también por simpatía con un país que ahora, cuando lo propio y distintivo de muchas naciones se esfuma o diluye por intensas influencias extrañas, celosamente se niega a renunciar a su peculiaridad. Muchos ingleses y norteamericanos no lo pueden comprender, empeñados en encuadrar el mundo dentro de su propia cultura, incapacitados para ver y simpatizar con una modalidad que no es la de ellos. No entraré en consideraciones políticas, pero me identifico con un pueblo que se niega a perder su alma» (107).

Quiso invernar en Madrid y veranear en la ciudad teresiana durante la última conflagración mundial, pero no pudieron lograrse sus propósitos. Próximo a morir, manifestó sus deseos de ser enterrado en la parte no consagrada del cementerio católico español de la Ciudad Eterna. El había escrito:

«Forzosamente hemos de dividirnos en la tumba,
pues quisiera morir en los cerros de España
y sobre el llano pelado, melancólico,
esperar la llegada de la final tiniebla...» (108).

(105) D. CORY: *Santayana...*, ídem, pág. 211.

(106) *En la mitad del camino*, ídem, pág. 133.

(107) L. FARRÉ: *Vida y pensamiento de Jorge Santayana*, ídem, pág. 117.

(108) J. L. CLEMENTE: *Santayana, poeta*, ídem, pág. 244. El original inglés en «Poems». Charles Scribner's & Sons, 1923: pág. 39.

Murió el 26 de septiembre de 1952, y su entierro, al que asistió un reducido grupo de sus íntimos amigos, fué presidido el día 30 por el primer secretario de la Embajada de España y por el vicecónsul español. Daniel Cory leyó entonces algunas estrofas de su poema «El testamento del poeta»:

«Devuelvo a la tierra lo que la tierra me dió...»

Su cuerpo se halla en la actualidad en el lugar por él deseado, y bajo una lápida que contiene la siguiente inscripción en español, tomada de su libro *La idea de Cristo en los Evangelios*:

«Cristo ha hecho posible para nosotros
la gloriosa libertad del alma en el cielo» (109).

CARLOS M. FERNÁNDEZ-SHAW

R É S U M É

George Ruiz de Santayana n'est guère connu en Espagne, ce qu'on a mal à comprendre étant donné que sa personnalité et ses oeuvres méritent une meilleure et plus vaste connaissance de la part des Espagnols. Qu'il ait vécu hors de son pays natal et que son oeuvre n'ait pas été écrite en espagnol ne signifie pas qu'il soit loin de nous et qu'il manque dans ses ouvrages les valeurs et les sentiments d'essence espagnole.

On se propose dans cet article de participer à l'entreprise de la "découverte" de Santayana, à travers son enfance espagnole, son éducation et son séjour prolongé en Amérique, les changements familiaux, sa passion pour les voyages et les contradictions de son esprit et de son oeuvre. La poésie a eu une grande importance dans son labeur philosophique qui excelle par la beauté de la forme et le souci de la morale. Son éloignement de l'Espagne est dû précisément à son patriotisme foncier qui l'empêchait d'accepter la décadence de la société espagnole du XIX^{ème} siècle, et l'on est fondé à le considérer comme un espagnol authentique, qui mérite une place parmi ceux de la génération de 98. L'oeuvre de Santayana, en effet, trahit aussi le scepticisme religieux, le pessimisme en politique et un froid désespoir quant à la conception morale de l'homme. Il nous offre, en somme, une curieuse synthèse des deux tendances générales de l'époque: la tendance esthétique et la tendance philosophique.

(109) D. CORY: *Santayana...*, idem. págs. 326 y 330.

S U M M A R Y

Jorge Ruiz de Santayana is not very well known in Spain, which is strange because his character and his work deserve a better and greater knowledge among the Spanish people. The fact that he did not live in Spain nor wrote his work in Spanish does not mean estrangement from his native country nor an absence of Hispanic values and sentiments. And the fact that a series of non-Spanish factors influenced his work should not prevent one from recognizing his great love of Spain.

This article tries to contribute to the enterprise of "discovering" Santayana, throughout his Spanish childhood, his education and long residence in America, family changes, his passion for travelling and the contradictions of his spirit and his work. The poetry was of great importance in his philosophical work, outstanding for its formal beauty and moral prejudice. One must seek his withdrawal from Spain precisely in his pure patriotism which prevented his from accepting the decadent society of nineteenth Century Spain, but he can definitely be defined as an authentic Spaniard, worthy of being included in the 98 generation. Santayana was scepticism in religion, pessimism in politics and a cold hopelessness towards his moral idea of man, and altogether represents a curious synthesis of the two general tendencies of the epoch: aestheticist and philosophical.

